



De la colaboración particular de
EL ECO DE LA MONTAÑA.

EL ORÁCULO DE DELFOS.

I.

Leyendo al azar la crónica ateniense de los mármoles de Paros, no sé porque me he fijado en esta afeméride: LX.FVI. 357. Desde el saqueo por los focenses del templo de Delfos, siendo arconte Cefisodoto, 94 años; y sin darme cuenta, transportado en alas de la imaginación, heme situado en la cumbre del monte Parnaso, contemplando el bello panorama de la fértil Livadia, tan frecuentada en otro tiempo por los peregrinos que de todas partes acudían á consultar al oráculo de Delfos. Al murmullo del Céfiso, he creído sentir la fresca brisa del *Sinus Crisæns* trayendo lejanos rumores de los que desembarcaban en Cirrha; ver una numerosa comitiva procedente de Crisa, apagar su sed en la fuente de Castalia; contemplar la vida y el movimiento de Anemoria, Daulis, Tithorea, Lilæa y tantas otras poblaciones de la bella Fócida; observar á los graves anficiones dirigiéndose al venerando templo de Apolo para celebrar sus sesiones..... y he recordado aquel hecho, tan funesto para la independencia griega.

Junto al monte Parnaso había unas tierras consagradas al dios Apolo, pertenecientes al templo de Delfos, las cuales cultivaron los focenses. Acusados de sacrilegio fueron castigados por el tribunal religioso de los anficiones con una multa, que se negaron á pagar; enconáronse los ánimos y quedó decretada la guerra sagrada. Los focenses contando con el seguro apoyo de otros pueblos, llevando muy lejos su osadía, entraron en el templo de Delfos y robaron sus tesoros. La indignación estalló entre sus vecinos los locrios, tesalios y tebanos, quienes armándose para la guerra querían hacer cumplir la sentencia de los anficiones y vengar el insulto inferido á su dios. Los atenienses, lacedemonios y otros del Peloponeso se pusieron de parte de los focenses y dióse comienzo á la guerra sagrada, que duró 10 años (del 355 antes de J. C. al 365); lucha fratricida en la cual tomó parte la Grecia entera dividida en dos bandos.

Los focenses vencedores penetraron en la Tesa-

lia, que hubo de sufrir los horrores de la guerra; y Filipo, rey de Macedonia, á pretexto de vengar el ultraje hecho á Apolo, hizo causa común con los tesalios, librándoles de enemigos. Naturalmente, siendo aclamado como libertador, pudo ejecutar con libertad sus planes ambiciosos, apoderándose de Magnesia, una buena flota y recibiendo por auxiliar la caballería del país, la mejor de Europa. Con un buen ejército avanzó hasta el paso de las Termópilas, en donde se reunieron con gran prisa los atenienses dispuestos á defender á todo trance su territorio. Filipo no creyó prudente seguir adelante.

Mientras tanto el orador más notable que hayan visto los siglos empleaba toda su grandilocuencia contra el macedonio. Filipo reconoció que era más temible la oratoria de Demóstenes que todos los ejércitos y escuadras del Atica y durante 15 años le tuvo siempre exhortando á los atenienses y otros griegos, denunciando sus pensamientos y encubiertas acciones, anulando á los demás oradores pagados por Filipo y contrarrestando con la sola palabra su temible ejército. Las imperecederas « Filípicas » serán siempre glorioso timbre para la Grecia.

En vísperas aún de darse la batalla decisiva de Queronea, en el año 338, fin de la libertad griega, Demóstenes supo atraerse á los tebanos completamente entregados á Filipo, con sólo arengarles después de haber hablado los embajadores de éste. Así terminaba su discurso: «..... desechad todos los rencores que nacen comunmente de insignificantes causas entre estados vecinos, los cuales trocará en benevolencia y amistad el contentamiento general que causan los acontecimientos lisonjeros; ó guardad vuestros odios por lo menos (en perjuicio y mengua de unos y otros tal vez) para cuando sin otro temor ni daño de los públicos intereses, podáis ventilarlos con entera libertad. Si queréis cercioraros de los arteros engaños de Filipo, cerrad vuestros oídos á sus promesas y vuestras manos á sus dádivas; preferid vuestra libertad á los mayores tesoros, queriéndola como el más apreciable don y quedarán inútiles é infructuosos sus felonias, falsedades y sobornos; y cuanto hasta el presente las disensiones entre los griegos han dilatado su poderío, tanto más su unión lo aniquilará. Entonces su

atrevimiento y osadía, os facilite tal vez su prisión, con lo cual no hay que desconfiar de los demás; puesto que si aquel espíritu ambicioso anhele la gloria y el imperio, los que hoy sufren su yugo, al reposo únicamente aspiran; si no ocurre ya que temáis á Alejandro, cuyos secuaces os tienen en tan mezquina opinión, que os creen capaces de arredraros ante el mero nombre de un niño!»

Á todo eso Filipo se había quitado ya la máscara; pues diez años antes cayendo de improviso sobre el Peloponeso y la Eubea, saqueó la ciudad de Olinto, aliada de los atenienses, y viendo coaligarse la Grecia en contra suya, procuró ganarse los tebanos; amilanando así á sus contrarios que reconociéndose inferiores pidieron la paz. Aparentando vengar á Apolo por el sacrilegio de Delfos, no admitió á los focenses en la alianza, prosiguiendo la guerra y quedándose con el estratégico paso de las Termópilas, que le daba acceso á Grecia.

Por no malquistarse con él, los anficiones le obsequiaron con la intendencia del célebre templo y la presidencia de los juegos píticos. Más tarde le entregaron el mando de las fuerzas, para combatir á los locrios que, á imitación de los focenses, habían cultivado tierras consagradas á Apolo pítico. Pero viendo á la sazón inmejorable oportunidad para apoderarse de Grecia entera, prescindió de Delfos, Apolo, locrios y focenses, y tomando á Elatea dirigióse sin ambages ni rodeos al Atica. Impotente Demóstenes ante el degenerado pueblo helénico, no pudo con sus tremendas « Filípicas » evitar la invasión á pesar de prever admirablemente las intenciones del pseudo-protector de Apolo. El orador en persona, obligado á capitanear parte del ejército de Queronea, huyó ante las aguerridas falanges macedónicas, y el ardoroso ímpetu del joven Alejandro.

La derrota de Queronea fué la firme base del predominio macedónico.

Filipo no pudo sustraerse empero á la general superstición y antes de emprender la guerra contra los atenienses, consultó al oráculo de Delfos deseando saber si les podría vencer, obteniendo esta contestación:

*Si con lanzas de plata haces la guerra
Vencerás á los pueblos de la tierra.*